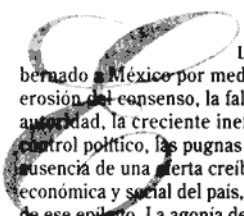


El significado concreto de la democracia

CUAUHTÉMOC CÁRDENAS



EL RÉGIMEN POLÍTICO que ha gobernado a México por medio siglo se aproxima a su fin. La erosión del consenso, la falta de legitimidad y la pérdida de autoridad, la creciente ineficiencia de los instrumentos de control político, las pugnas internas en el partido oficial y la ausencia de una oferta creíble para conducir la recuperación económica y social del país, son manifestaciones inequívocas de ese epílogo. La agonía del régimen autoritario, por otro lado, es el preámbulo de un cambio político de graves consecuencias para México.

En estas circunstancias, el país encara muy diversas disyuntivas. Cualquier intento por mantener las viejas estructuras de poder y prolongar la vida del régimen tendría que hacerse recurriendo a la imposición autoritaria y acentuada del despotismo. Aun si sobrevive, el régimen no podrá ya ser el mismo; su permanencia tendría que descansar necesariamente en la fuerza y el poder de disuasión de los órganos represivos del Estado y la franca supresión de derechos y garantías constitucionales. La alternativa es la democracia. La idea de democracia que ha sido siempre una aspiración de los mexicanos ha dejado de ser así una formalización abstracta y distante y adquiere hoy un significado concreto. La democracia es el camino que puede darnos a los mexicanos las fórmulas y los instrumentos para reencauzar la vida política, para reconstruir la concordia, la tolerancia y el consenso y para recuperar y preservar la paz. Con las herramientas de la democracia podremos tejer una nueva gobernabilidad que sustituya en todos los ámbitos y en todos los niveles, a las prácticas autoritarias que no son ya aceptables y que no funcionan más.

Desde muy diversas perspectivas ideológicas, importantes corrientes políticas y cívicas han arribado durante la crisis larga que hemos estado viviendo, a la convicción común de que la instauración de una verdadera democracia electoral es la salida única que hoy garantiza a los mexicanos la posibilidad de dirimir sus diferencias por cauces pacíficos y legales y que nos permitirá escoger colectivamente entre las diversas propuestas que la sociedad tiene frente a sí. Mi partido, el Partido de la Revolución Democrática, y mi candidatura, se inscriben en este reclamo democrático y a partir de él hemos hecho una convocatoria para participar en las elecciones de agosto a la que ya se han sumado otros partidos (sin registro) y numerosas organizaciones y grupos ciudadanos.

La primera tarea en la que nos comprometimos como PRD

fue luchar para que las elecciones en todos los niveles fuesen el ámbito de participación efectiva en el cual los ciudadanos decidieran el rumbo inmediato del país. Con este propósito el PRD ha pugnado desde su fundación por una reforma política que restituya plenamente la vigencia del sufragio. Las demandas que a lo largo de estos años hemos hecho y las fórmulas políticas, organizativas y legales que hemos propuesto para reconstruir los órganos electorales, para garantizar la equidad en la contienda y para conseguir la imparcialidad de las autoridades en los comicios, son obra de la experiencia y coinciden con lo que nosotros y muchos otros grupos de la sociedad consideramos necesario y posible hacer. Nunca propusimos una utopía irrealizable, la organización electoral independiente e imparcial por la que propugnamos ha estado siempre al alcance de la mano. El gobierno y su partido se opusieron a esos cambios, los resistieron y aceptaron sólo modificaciones parciales, insuficientes y tardías. No obstante los grandes esfuerzos que muchos grupos de la sociedad hemos hecho durante este sexenio, no conseguimos garantizar que las elecciones fueran organizadas de manera transparente y probadamente imparcial y por tanto no se logró dotar al proceso de plena credibilidad y confianza. La conquista de las elecciones como espacio de decisión genuinamente ciudadana es todavía una tarea pendiente en la que seguimos empeñados.

La trascendencia de la elección de agosto está por tanto no sólo en sus resultados, sino en la calidad misma del proceso. Es el grado de limpieza de la elección lo que habrá de determinar el tipo de proceso político que surgirá de ella y las oportunidades que tengamos de avanzar en la construcción de la democracia. Más que ganar a toda costa las elecciones u obtener de ellas una cuota de poder, lo que el PRD y la Alianza Democrática Nacional se han propuesto es conquistar la libertad del sufragio. Tal es la fuerza del llamado democrático, que incluso los zapatistas, que el 1º de enero se levantaron en armas en Chiapas, han convocado a reforzar esa vía y a encauzar por ella las energías políticas de los más inconformes. El llamado democrático de los alzados en armas confiere a las elecciones una dimensión crítica y trascendental.

A las elecciones debemos ir con el mejor ánimo; es responsabilidad de todos procurar que sean limpias. Si lo garantizamos, a su veredicto deberemos atenernos todas las fuerzas políticas y ciudadanos del país. ✱